


CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.



SEXTA.



PANAMÁ, SETIEMBRE 10 DE 1881.
IMPRENTA DE "LA ESTRELLA DE PANAMÁ,"
JAMES BOYD, PROPIETARIO.

1881




SEXTA.

Tanto monta cortar como desatar.

El señor Santiago Pérez, ex-presidente de la Union Colombiana, reproduciendo un trozo de la quinta Catilinaria en su periódico, dice: "Por qué fatalidad pluma como la de Juan Montalvo tiene que ocuparse en catilinarias contra Catilinas que todos juntos no valen uno de sus rasgos?" Porque erré el lugar de mi nacimiento, señor don Santiago, como ya lo han dicho de mí. Y nadie tenga esta razon por vanidosa, ni vaya á imaginar que yo deseara haber nacido en la capital de Francia ó en la de la Gran Bretaña: si mio fuera elegir el lugar de mi cuna, en un tris hubiera estado que no me decidiera por las regiones donde el Amazonas, rey de los bosques, gobierna en silencio á la naturaleza, ó sobre las orillas del Mississippi por donde van corriendo Chactas y Atala en busca de soledad para sus amores y sus dolores. Si hemos de ser bárbaros, venga la diadema de altas plumas, la chonta y el arco, primero que estas fundas de paraguas que llamamos pantalon, esta quisicosa de mangas denominada levita; este juicio desviado, este pecho corrompido, estos anhelos ilícitos, estas pretensiones vanas que son herencia del mestizo de Sur-América con pujos de civilizado. Ciertamente que no hubiera escrito yo catilinarias entre los sachenes de los moscogulgos ni entre los jóvenes guerreros de los iroqueses: entre ellos no habia un cara de caballo más ladron que Juan Palomeque, llamado Ignacio Veintemilla;

ni un viejo podrido en vicios, tal como José María Urbina: el jefe de la tribu es un soberbio hijo de la selva, gallardo de cuerpo, superior en sentimientos del ánimo, que rige á su gente con mero mixto imperio, respetado por su majestuoso señorío, admirado por sus virtudes, temido por su fuerza y su valor. Codicia no es oriunda de los bosques: el oro no tiene allí más valor que el que ha menester la india jóven para el adorno de su gentil persona; y así no hay ladrones que lo roben, ni avarientos que lo sepulten, ni viles que entreguen cuerpo y alma por un puñado de esa reluciente porquería. Allí no hubiera yo escrito catilinarias, porque el gobernante no se lleva á su casa los caudales públicos, ni azota hombres con casaca y todo, ni castra á sus médicos, segun que lo ha hecho y lo está haciendo el buitre blanco que se titula presidente de la República del Ecuador. Nó, allí no hubiera escrito yo catilinarias; hubiera ido á la guerra, desnudo el pecho, alta la frente, blandiendo mi lanza, y de persona á persona me tomara con un enemigo, más valeroso quizá, pero no más leal que yo, ni más puesto en el punto de la honra. Pero aquí, ó más bien allí, en esa tierra de fantasmas, ¿qué he de hacer sino arremeter con ellos, y alancearlos y desbaratarlos, aunque no sean sino monjes benitos y ovejas, siquiera por mataa el tiempo y el fastidio? El que no ha pasado jamás una aventura de don Quijote, no sabe lo que es el mundo. A falta de pan buenas son tortas, y cuando nace la escoba nace el asno que la roya. Miéntras la suerte me depara Filipos para filípicas, Verres para verrinas, lleven vuesas mercedes en paciencia que yo embista con esos cueros de vino llamados, presidente el uno, general en jefe el otro, y los despanzurre, y los mande capados de barbas al círculo de la Divina Comedia donde están pagando las hechas y por hacer los asesinos y los infames. Yo bien quisiera hallarme en situacion de componer Julianas contra Julio César, Napoleónicas contra Napoleon; mas qué he de hacer si esa pazpuerca llamada suerte; ese ignorante hijo de la piedra llamado destino, me toman de la nada y me depositan en esa cueva de murciélagos donde el sol brilla pero no fecunda? Ya llegará el dia, señores mios de mi ánima, que dando al diablo esta guerrica en que me hallo con sabandijas grandes, me abra al océa-

no, y me vaya á repuntarme con el príncipe de Bismarck y con el Matador de la Sublime Puerta. En tanto que esto ocurre, soy un grano de anís, cual lo requieren adversarios tan diminutos como los mios, y lleno de vergüenza hago mis entradas en el campo de las pasiones bajas y el crímen asqueroso, y á cuchilladas derribo en tierra las orejas de esos demonios pequeñuelos que allí se están hartando de la moral hecha pedazos y las virtudes que chorrean sangre.

Preguntado Alejandro, niño aún, si queria disputar el prez de la victoria, respondió que sí, puesto que lo disputase á reyes. Dónde están los reyes á quienes yo les dispute la corona del triunfo? Tan léjos se hallan mis cueros de vino de ser emperadores ni gigantes, como yo de parecerme al gran muchacho que toma una falanje de macedonios y se va á la conquista del mundo. Pero la idea, señores, oh señores; pero la causa, pero la esencia de la guerra que hacemos los soldados de pluma, no son motivos tan grandes y fundamentales cuando las habemos con gente noble y poderosa, como cuando las pleiteamos con follones de menor cuantía? Sir Philip Francis, el misterioso Junius, no saca á la luz del dia sus terribles cartas de la inviolable oscuridad de la imprenta, por el gusto de combatirse con el primer ministro de la Gran Bretaña, sino por la gloria del triunfo, cuando el lord abusivo caiga al suelo agonizante, y las regalías del pueblo inglés queden reivindicadas. Ni Pablo Luis Courier estuvo contemplando la estatura de los enemigos con quienes iba á embestir, ni Cormenin le midió de arriba á abajo con los ojos á Luis Felipe, primero que entrasen á la estacada con sus folletos en la mano: iba de la libertad de los franceses y la dignidad de la monarquía, y allí estuvieron sus campeones, alto el morrion, alzada la visera. Qué seria de los pueblos pequeños y desgraciados, si por desprecio á sus verdugos los dejásemos en sus garras sin tiempo ni esperanza? Libertad, ilustracion, virtudes son unas mismas, ora se trate de cuarenta millones, ora de un millon de hombres; y tan benemérito será del género humano el que saque del abismo de la servidumbre á un puñado de gente desgraciada, como el que

rompa las cadenas de un pueblo numeroso, y le abra los ojos á la razon y el orgullo. Voy á más y digo, que es más digno de alabanza y se granjea más títulos el que toma á pechos la causa de un pueblo barbarizado por la tiranía, que el escritor que sale con sus protestas en medio de infinidad de hombres inteligentes, á quienes no se les pasan por alto sus nobles fines, y de patriotas que le apoyan y sostienen, aplaudiendo sus propósitos y premiando su atrevimiento con las condecoraciones de la gloria.

El conde José de Maistre sostiene esta extraña proposicion, que los pueblos bárbaros no son pueblos primitivos y principiantes, sino al contrario, los más antiguos y viejos, que han caido en la barbarie por exceso de civilizacion y sabiduría. Puede el señor conde abonar su principio con la historia, mostrándonos ahí toda el Asia hundida en la ignorancia y la ignominia del despotismo; empero no seria fácil para los que no internan el pensamiento en lo secreto de los siglos, convencerse de que las tribus que vaguean desnudas por nuestras selvas del Oriente ; los aduares del Africa sin Dios ni ley, hayan sido en otro tiempo naciones perilustres, que cayeron por haber querido saber tanto como Dios. El estado natural del hombre es la civilizacion; la barbarie, su caida. Mucho tiene de razonable este modo de pensar ; sino que Darwin sale por ahí y se afronta con ese respetable papista, haciéndole ver que sólo á fuerza de trabajo, progreso y dolor ha llegado á ser criatura pensadora este animal originario de las selvas que hoy se llama hombre ; las selvas, donde el joco y el babuino están todavía reclamando la sangre de sus venas que han transmitido á la especie humana. Que las naciones cultas de nuestros dias adelantan hácia la barbarie por la carrera de la civilizacion, no hay quien lo quite: los pueblos, como los individuos, tienen un período conocido durante el cual se dan á entender que viven, acometiéndose unos á otros, y llenando la tierra de sangre, lágrimas y miserias: el último dia de las naciones, el dios de las ruinas las señala para la nada, y allí está el olvido acreditando con el silencio que ese es el sepulcro de un imperio, y que en él yacen generaciones que en otros siglos

llenaron el mundo de ruido y esplendor. En este concepto el dictámen del conde José de Maistre tiene su fundamento: la barbarie es la última página de la civilizacion: testigos Grecia, Roma: donde Perícles levantó las fábricas portentosas que ostentaban el último grado de cultura, la cimitarra de los hijos de Mahoma ha vibrado hasta ayer insolentemente en el rostro difunto de un gran pueblo; y donde la voz de Marco Tulio Ciceron desafiaba á las generaciones antiguas á igualarle en elocuencia, la esclavitud del espíritu y la razon está declarando que ese imperio vasto y poderoso ha caido, y el hombre ha bastardeado hasta frisar con la barbarie.

Quién duda que dentro de veinte siglos los refinados franceses volverán á ser galos, á quienes gobierne despóticamente una bárbara invisible, que alimenta su cerrilidad en lo profundo de los bosques, como Bolleda? Los alemanes serán germanos y teutones, y los ingleses orgullosos de su nombradía serán esclavos desnudos que van á ser vendidos en la feria de alguna gran ciudad futura. Ménfis, Aténas, Roma son panteones donde el tiempo, sepulturero inexorable, ha enterrado vivos muchos misterios provechosos; y como no hay tumba que no se vuelva cuna despues de alguna resistencia de la soledad, de ellos, de los sepulcros olvidados, ha nacido esta muchacha vencedora que llamamos civilizacion moderna. Ciencias, artes ¿qué son sino piedras rodadas de esos cementerios, de cuyas inscripciones y jeroglíficos han sacado nuestros hombres expertos la historia antigua, y con ella el saber y la importancia del mundo? Las ruinas ilustres son como los libros sibilinos: mucho ofrecen, mucho enseñan: cuando no creemos en ellas, sale de entre los ancianos pedrones una vieja maravillosa, destruye sus avisos inmortales, y hé allí que hemos perdido las dos terceras partes de la sabiduría de los dioses.

Que de la cumbre de la civilizacian comencemos el descenso de la barbarie, puede afligirnos, pero no debe causarnos maravi-

lla: ley es de la naturaleza esta indefectible necesidad de destruccion, y por lo mismo hemos de rendir el cuello, sin cólera ni despecho, al yugo de la nada: que sin haber subido cuatro palmos esa montaña santa donde resplandecen como nuevos profetas los bardos insignes, los filósofos esclarecidos, los artistas hábiles, los héroes bien intencionados, los gobernantes regeneradores, los mártires ilustres, nos veamos caer en ese mar oscuro, donde están vociferando los crímenes y los vicios, con la ignorancia hasta el cuello, esto es lo que, en corazones bien formados y juicios rectos, debe infundir dudas amargas y pesadumbres de muerte. Las republiquillas hispano-americanas, donde el despotismo asiático gallardea, dando vueltas sobre sí mismo, están principiando su civilizacion, ó son pueblos caidos en la barbarie por exceso de conocimientos humanos y de felicidad? Yo pienso que nuestra democracia alharaquienta es como el precito condenado á llevar una enorme peña á la cúspide de un monte: no ha subido cuatro pasos, cuando cae y vuelve al trabajo y el dolor. La civilizacion es para nosotros el peñon de Sísifo: no lo hemos levantado siete estados, y hénos allí caidos al pié de la montaña. La labor de los buenos es destruida por los inícuos: por un civilizador comparecen diez bárbaros que desbaratan sus obras: este es el modo. Entre las naciones, ó digamos nacioncitas, de nuestra raza indo-hispana, las hay que son muy desgraciadas; como la del Ecuador, ninguna. El diámetro de la órbita de la tierra tiene setenta millones de leguas: esta línea, dicen los astrónomos, es un punto imperceptible en el espacio, que no puede ser línea paralela del diámetro de las órbitas donde giran las estrellas grandes. Un millon de hombres ¿podrá ser punto de comparacion con pueblos que se componen de treinta millones? El señor Santiago Pérez, sugeto de grandes antecedentes, escritor de primera clase, piensa que no, y me tiene lástima de verme envuelto y revuelto en el embolismo de desdichas y miserias donde se están ahogando felicidad y dignidad de un pueblo. El consejo que me da de huir de tierra semejante está fundado en una alta opinion personal, y me cumple depositar mi reconocimiento en estas líneas. Mas los deberes de un buen hijo de la patria, por pequeña y triste que ésta sea, no

concluyen ni donde principian la ingratitud y la injusticia. Víctima de una y otra, hago la última embestida, cierto de que no habré dado un paso en el corazon de los ecuatorianos, pueblo que ha llegado á no temer sino el azote, y á no apreciar sino la fuerza, áun en forma de crimenes y vicios. Apoyo, ni en sombra; galardon, ni en sueños: todo peligro, y grande, de la honra y de la vida. Tal es la suerte del patriota y del tribuno en país como ese con cuyas sombras quiso tenerme oscuro la providencia de Dios. No há mucho el alcalde encargado de la policía expulsó del lugar de donde vengo á una mujer denunciada por envenenadora. Yo la vi á esa condesa Giudicelli del vulgo: sus ojos estaban resplandeciendo negramente, envueltos en el espíritu de la Tofana: un *persignumcrucis* enorme, recuerdo, sin duda, de uno de sus jayanes, le servia de lunar gracioso, símbolo de conquistas de amor. La cabeza, sin peinar, era la de una mulata corrompida y perversa que tiene mucho de Medusa. Alta, seca: estantigua feroz, áun sin saber nada de ella le hubiera yo tenido miedo. Me echó en la calle un vistazo que fué un puñal: la sangre de sus ojos tenia sed de la de mis venas. Al otro dia, á las seis de la mañana, pasó por mi puerta, corredor arriba, llenando de luto con su mirada escrutadora mi aposento. Por la tarde supe que el jefe de policía la habia expulsado, por denuncio venido del Ecuador de que esa mujer traia un secreto pavoroso en su viaje. Y no es esta la primera tentativa de los civilizadores de la República; es la tercera. Pero mi ángel de la guarda me tiene debajo de sus alas: voy adelante, él va tras mí: me vuelvo atras, él me precede. A la derecha, á la izquierda, siempre conmigo. No nací para la felicidad, pero tampoco para la desgracia en forma de muerte desastrada. La muerte que le pido, Dios me la ha de dar: muerte de filósofo cristiano, sin dudas ni terrores por una parte, sin insolencia ni fatuidad por otra: creyendo en él, y no en las patrañas de sus difamadores; alabando sus obras, y no maldiciendo las de los hombres. De enfermedad decente, noble: con fuerza para sobrellevar los dolores, sereno ante la vida que me huye y la tumba que se está abriendo delante de mí. Sin remordimientos, porque no tengo crímenes ni delitos; sin ver-

güenza, porque no hay infamia en mi vida. Yo bien quisiera levantarme sobre la palabra divina, como Enoc, ó sobre un globo de fuego, como Elías, é ir á esperar el juicio universal en el paraíso; ¿mas dónde están las virtudes acendradas y muchas que un escogido ha menester para aligerar el cuerpo y el alma, de modo que se eleve en el espacio sobre una llama invisible ó sobre una voz del cielo? El puñal y la estricnina de Ignacio Veintemilla han sido vanos ante la vigilancia de mi custodio impalpable: mi muerte no es cosa suya: deje esa obra al dueño de mi vida, y sea ella para que yo resucite en mundo mejor que el nuestro.

DIGRESION.

Entrando un dia á mi casa en el pueblo de Colombia donde estaba refugiado, encontré en el patio una yegua, cuyo jinete acababa de salir á la calle, segun me dijo mi sirviente. Si hubiera sido caballo ese huésped irracional, no hubiera yo hecho quizá pregunta de ninguna clase; el ver una yegua allí no pudo ménos que despertar en mi ánimo una combinacion de curiosidad y disgusto. Algo hay de extraordinario en el que monta en yegua; si no es un mezquino hermafrodita, no se escapa de ser un Mari-Cruz, á quien se puede zurrar, sin mas efecto que sus lágrimas. Si la yegua es con cria, tened por bien averiguado que ese miserable nació para sacristan, ó que su arte y oficio son pedir para las ánimas en la puerta de la iglesia. *Eleemosynarum collector ad suffragia defunctorum.* Don Antonio Borrero, ántes de que hubiese conquistado por la fuerza de su invencible brazo el solio presidencial de la República del Ecuador, montaba en yegua, no larga y desvencijada, sino corta de cuerpo, gruesa de barriga, las ancas exiguas y flacas, el pescuezo *de lánguida azucena*, bien como el del hipócrita de Gracian; bajita y pasicorta. El mismo refiere en sus Memorias que un dia que salió por aldeas y campos á pedir su acostumbrada limosna *ad suffragia defunctorum*, volviendo la cabeza despues de larga meditacion filosófica respecto del infierno,

vió que la cria se le habia desmanado, sin que él supiese en donde. Echó al rededor una mirada investigadora, y descubrió allá en una loma el descarriado potro, hijo de su corazon. Don Antonio debe de ser perito en esto de silbar y llamar animales tiernos; esta ocasion nada prestó su ciencia silbatoria, pues cuanto mas silbaba, tanto mas se internaba la bestezuela por un rastrojo en junta de otros muchos irracionales. El futuro presidente constitucional de la República se hallaba en calzas prietas: tocó á somaten, y habiendo acudido sus carcaños, empezó á talonear, puesta la proa á su buena cria; pero la pazpuerca de la madre, que no sentia en los ijares rodaja mocha ni buida, lo echó al trenzado, y mátenla primero que salir de su habitual menudeo. El presidente se moria. En los grandes conflictos, dice un filósofo, las grandes resoluciones son las que pueden salvarnos: don Antonio Borrero tomó la de hacer relinchar á su yegua; mas ésta, que no era el caballo de Darío, no quiso hacerle rey, si bien no falta en él el requisito de ser mago; y primero muerta que decir oste ni moste.

Para que mis lectores del Ecuador no se queden en ayunas de este pasaje, les he de contar en dos palabras, que los siete magos de Persia, habiendo vacado el trono del gran Xerxes, se convinieron en que ese seria rey cuyo caballo relinchase desde luégo. Darío, uno de los pretendientes, tenia un criado de esos que pueden arder en un candil: ¿qué hizo el camastron? tomó en vísperas de la prueba el caballo de su señor, llevóle al camino por donde debian ir los siete magos, y entregándole una hermosa yegua, le grabó con el placer en la memoria lo que convenia se acordara en beneficio de su dueño. Otro dia, hé allí que asoman por el campo los aspirantes al cetro del mundo, en soberbios corceles que piafan y bracean. Cada cual de esos grandes señores tiene pendiente la corona del relincho de su caballo; cuando, llegados al sitio donde el de Darío habia estado ayer, la apasionada bestia sorbe con las fauces su felicidad reciente, y expresa su alegría con un agudo relincho. Tíranse al suelo los seis príncipes, y echados de rodillas ante el electo de la Providencia, le proclaman rey y le adoran cabizbajos.

A don Antonio no queria hacerle rey su yegua, como queda dicho. El presidente constitucional no es de los que se dejan poner la mano en la horcajadura, ni pierde jamás por carta de méLos, pues ahí trae en la manga lo que ha menester en un apuro: recogióse de hombres, adelgazó la garganta, y quebrando la voz dentro del pecho, la sacó fuera con tal arte, que su yegua misma no hubiera dado relincho mas cumplido. Don Antonio tiene diablo; no se le va el conejo por falta de vencejo: mas qué demonio, el potro no venia: volvió á relinchar, y relinchó por tercera vez, y siguió relinchando, hasta que el hijo del viento, conmovido y enternecido por el clamoreo de su madre, levantó la cerviz y contestó agudamente, poniéndose en amoroso galope en busca de ella y su señor. Desde entónces don Antonio, otro Ruy Diaz, juró no volver á montar sin espuelas, inadvertencia de la cual suelen dimanar muchas aventuras y desventuras. La del Cid Campeador fué que Vellido Dolfos se le escapó de las manos, y se metió dentro de las murallas de Zamora, despues de haber dado de puñaladas al rey don Sancho; la de don Antonio fué que su buena cria erró poco de perderse para siempre, por falta de espuelas para su madre. Téngalas el Cid, y el traidor Vellido hubiera pagado con la vida su delito; pero ese dia, mal pecado, no estaba sobre Babieca, y el otro echó ménos el acicate. Don Antonio, á quien no se le llueve la casa, juró á su vez no montar sin ellas; aunque no sabemos si ha hecho voto de castidad respecto de los estribos de palo y las alforjas.

Este don Antonio tiene la virtud de proporcionarme diversiones ó apartarme de mis objetos principales, áun en perjuicio de la unidad de accion. Por dicha la prosa se acomoda á salidas de todo linaje, y bien como episodio, bien en forma digresiva, podemos echar una cana al aire, yéndonos por esos trigos con tan curioso personaje. De la yegua de don Antonio á la del huésped misterioso que quedó en mi casa, no va mucho; áun cuando la de ese desconocido no era chiquita y barrigona como la del presidente, sino alta y soberbia, como la que montaba doña Isabel la Católica. Es un caballero de Bogotá, me dijo mi criada: dice que

mañana llegan su gente y sus baúles, y que pasará de largo. Di órden como se le diese un aposento y como se mirase por él en lo concerniente al comer y al dormir, y entré á mi cuarto. Tres dias eran que el hombre estaba allí, y ni criados ni baúles asomaban, ni él se llegaba á saludarme ; ántes eché de ver que rehuia los ojos, sin sufragar por la urbanidad sino con un principio de salutacion sesga y oculta entre el sombrero. Qué hombre tan comedido, señor, me dijo mi criada al cabo de ese tiempo : dice que él me enseñará á hacer un café que por acá no hemos probado : entra á la cocina, averigua lo que le gusta á su merced, y me quiere ayudar en todo, con tan buena gracia que le he llegado á querer. Si perdí el color, no sé ; no debió de haber sido así, pues no me suelo cortar en ningun caso. El mismo dia habia yo recibido por el correo del sur este papel : "Hace algun tiempo un extranjero estaba frecuentando la casa de Veintemilla. Tuvo con él encierros y conversaciones secretas. Era, segun su propio testimonio, norteamericano. Su nombre, Narciso Jones. Este individuo ha desaparecido : se dice que se ha ido por el norte : cuidado !" Mi huésped era Francisco Mena, argentino residente en Bogotá : no habia pues cuidado. Una tarde noté que ese hombre estaba como en acecho tras su puerta entreabierta ; y saliendo al corredor, llamé en alta voz : Narciso Jones ! Francisco Mena salió de súbito sin saber lo que hacia ; y reparando en su desatino, lívido, trémulo, balbució un "señor" confuso, y se quedó como un bausan. Es usted Narciso Jones ? No, señor ; yo soy Francisco Mena. Dispense usted, amigo, la equivocacion. Y me volví á mi cuarto. Este hombre es un malvado, le dije á mi criada, llamándola adentro : ha venido á envenenarme ; guárdate. Isidora se santiguó aterrada : Santísima Vírgen ! dijo, y se soltó en llanto. Ni una palabra, oyes ? ni una palabra : yo sé cómo ha de concluir esto. Sin su profundo respeto, la pobre mujer hubiera hecho un escándalo de contado : no lo hizo, por obedecerme ; mas la primera vez que se presentó en la cocina el argentino, no estuvo en su mano dejar de gritar : Señora Ignacia ! señora Ignacia ! Una soberbia bolsicona de Imbabura salió á carrera de su tienda, y compareció ahí haciendo quiebros : Qué hay ? Este es, respondió Isidora. La

bolsicona le midió al intruso con los ojos de los piés á la cabeza, y le dijo: Me alegro de conocerlo....—Señorita....—Salga usted de aquí! —Señorita.... —Salga de aquí, ó vea lo que se hace. Salió el huésped, y de ese camino á la calle.

A las nueve de la noche de ese mismo dia un tropel y vocería inusitados en el zaguan me obligaron á bajar de prisa: habia mucha gente. Qué desórden es éste? Nadie responde. A la luz de la luna, en el centro del tumulto, mi sirviente y la bolsicona están prendidas de las barbas del argentino, el cual da voces furibundas, amenazando al cielo y á la tierra. Saquen á este hombre! échenlo afuera! Un gallardo pastuso amigo mio, llamado Pedro Eraso, le toma por el pescuezo y le avienta á media calle. El miserable, al verse en país enemigo, se acoquina y alebresta, pidiendo por Dios le salven la vida. Acude el jefe municipal, y le manda á buen recaudo á la cárcel salvándole, pues la gente popular le hubiera matado. Allí confesó que realmente habian ocurrido tres ó cuatro conversaciones entre él y el general Veintemilla; pero que su presencia en su casa no tuvo otro objeto que pedirle proteccion. El efecto de esas conversaciones y esa proteccion fué su viaje al norte, á pueblo desviado de todo camino real. Salió de la cárcel por empeño mio, para tirar hácia Popayan ese mismo instante, jurando por Dios nuestro Señor que se iria por ese lado, y una por una se fué, sin dejar ingratos recuerdos á orillas del Carchi.

Dos meses despues, dirigiéndome al istmo de Panamá, llegué a Barbacoas, para salir por el Patías al Océano Pacífico. Esa misma tarde me trajeron un periódico de la ciudad, en el cual se leia que "el ilustre proscrito brasileño señor Alfredo Túper no habia tenido con don Juan Montalvo en Ipiáles sino una discusion política un tanto acalorada, y quizá arrebatos literarios que no salieron un punto de los términos de la cortesía. Los avisos del "Star and Herald" adolecen de exageracion, y áun de falsedad manifiesta." Y esto lo firmaba Alfredo Túper. Echenle mano! dije en el acto; ése es un pícaro. Es el argentino

Francisco Mena, el norteamericano Narciso Jones. El conejo ido, palos en el nido: allí fué el admirar su propia ingenuidad esos buenos hijos del Telembí; allí el echar maldiciones sobre el ladron que les habia echado una albarda; allí el poner las manos al cielo por sus relojes, pistolas y alhajas. Alfredo Túper, cargado de prendas de oro, anocheció y no amaneció, dejándoles un palmo de narices á los honrados señores que le habian favorecido con darle á componer mil preseas y artículos de estima. Comision por aquí, comision por allí, las cuadrillas de la Santa Hermandad no hubieran dado con el bellaco, más ladino, aunque no más gracioso que Ginés de Pasamonte. Y miren las pajarotas con que se los echó al bolsillo á los expertos ribereños del Huahuí! Alfredo Túper, republicano ardiente, habia urdido una conspiracion contra la corona y la vida de don Pedro segundo del Brasil. Descubierta su proeza ántes de tiempo, don Pedro, hombre humano y generoso, le perdonó la vida, pero le desterró para quince años. Ocho llevaba de residencia en Bogotá, donde se casó con una viuda tan llena de atractivos como de virtudes. Dios le ha dado tres hijitos: dos muchachos admirables, y una chiquita "de este porte," decia midiéndola entre la mano y el suelo; y con el dorso de la izquierda se enjugaba las lágrimas. Su hermano primogénito, tan monarquista como él republicano, es coronel de la guardia del emperador: tanto le quiere este príncipe, que no ha podido negarle el salvoconducto para su querido Alfredo. Mi madre....mi madre....mi anciano padre....mi tia Pilar.... enferma....Y llora, llorando, les hacia llorar á los circunstantes. No hubo quien no le diese su reloj á componer, porque era relojero; su revólver, porque era armero; su anillo, porque era platero. Con más de dos mil duros y dos frascos de oro en polvo, Telembí abajo, fuélas á tener á Huapi, miéntras á los alguaciles les sudaba el hopo camino de Tumaco y de Esmeraldas. Con sorprendente instinto geográfico, se internó por el Chocó, salió á Palmira, subió á Popayan y Pasto, y el dia ménos pensado, don Ignacio de la Cuchilla tuvo en Quito á su inglés de vuelta á preguntarle si no queria se diese un nuevo tiento á la fortuna.

El argentino naturalizado en Colombia, el brasileño de don Pedro segundo, el norteamericano Jones no eran sino *el gago Martínez*, sargento primero de caballería en un escuadron de Guayaquil. La madre de este caballero del milagro, mujer por todo extremo hermosa, y tan hermosa como de mala cabeza, se fué de Quito con un polizonte de los muchos que por acá suelen venir en busca de cama y rancho. Siguióla su marido, pero sin fruto. Caramba, decia el llanero, y esa mujer que se escribia ella solita unas cartotas! Andando el tiempo, los pichones de estas dos enamoradas palomas fueron á dar á Pernambuco, á solicitud de la fugitiva, libre ya del miedo de su consorte, quien habia pasado á mejor vida. Allí aprendió eljóven Alfredo á chapurrar el portugues, á urdir conspiraciones contra don Pedros y don Juanes, á componer para él relojes ajenos, á llorar por sus hijitos, á hacer café sin igual, y á prestar sus servicios á esos padres de casa de mancebía que se llaman presidentes y generales en jefe de la República del Ecuador. El coronel Martínez, de los centuriones de Flores, es célebre en ese país por su valentía y su lealtad como soldado: su hijo será famoso como discípulo de la marquesa de Brinvilliers y como ministro de obras secretas del conde Ignacio de la Pandilla.

Oyendo estoy desde aquí que don Antonio Borrero, á fin de mejorar y ennoblecer su caballería, me reduce á la memoria la yegua blanca de Mahoma, esa en la cual huyó el Profeta por los aires de la Meca á Jerusalen. Sea en buenhora, señor presidente; mas sea tambien servido vuexcelencia de decirnos si vuexcelencia haria en la suya lo que el hijo de Abdul Motaleb y Codijah? Veamos si el señor don Antonio acierta á huir por los aires en su yegua, de Lima donde le preparan cencerrada y paliza, á Chile donde, segun sus epístolas á sus corintios, le han proclamado presidente legítimo é indefectible de una cierta república al pié del Cotopaxi? Si tanta virtud tiene su yegua como la de Mahoma, por qué no se levantó arriba en la atmósfera, y se libró por arte de encantamento de la soga y cantaleta que le dieron en el reino de sus antecesores los zipas, muiscas ó moscas?

Sabido es que el licenciado Torralva pasó una noche de Valladolid á la ciudad eterna caballero en un palo de escoba: veamos si don Antonio no es para ménos, y se levanta del patio de su meson, y en dos ó tres horas se pone en la plaza del Vaticano á recibir las bendiciones de nuestro padre santísimo Leon décimotercio. Las brujas de España acudian á los conventículos de Zugarramurdi montados en chivos, cabras, puercos y otras animalias *ejusdem fúrfuris*: don Antonio no haria mala figura si llegase allí sobre su yegua; y áun pudiera ser que Herodías, que es quien preside esos conclaves femeninos, le saludara con una sonrisa llena de promesas. Materias hay en que don Antonio no es gran diablo: ni puede ir á Zugarramurdi por los aires; y con todo su yegua debe de ser para mucho. Veamos si concurre á las carreras de Chantilly, cerca de Paris, y se los lleva en el pico a Chispa y á Radina? Las yeguas árabes se beben el espacio, cuando los jóvenes beduinos tienen entre manos una aventura de amor del uno al otro estremo del desierto, ó van en busca de su adorada venganza tras el enemigo que les ha irrogado agravio: cuál es el desierto que se bebe en su yegua don Antonio? desierto era por ventura la ciudad de Quito, por cuyas calles pasaba, veloz como Hipogrifo, ó como sobre el alado Rabican, gritando él mismo "viva Borrero! viva el presidente constitucional de la república?" Qué amores tenia de la Cruz de piedra á Santa Prisca, de San Sebastian á San Blas, cuando así devoraba el espacio á media noche, cual jóven beduino que lleva el infierno en el corazon, si va celoso, el paraíso, si justamente esperanzado? Las beduinas de don Antonio siempre han sido como su yegua, y, gracias á Dios, no le hemos envidiado su buena fortuna. Ese moro Gazul se contenta con Maritórnes, y no le disgusta Mari Ramos, la de la gatita que halaga con la cola y rasguña con las manos. La belleza de las doncellas árabes está principalmante en los ojos, esos rasgados, negros, depósito resplandeciente de amor y felicidad; por lo mismo á don Antonio le cautivan esos de donde está manando piedra azufre desleida por entre un laberinto de granos de caparrosa. Su yegua y un desierto, no más nuestro católico beduino. Lamartine tenia una

linda yegua, inteligente, afecta á su dueño: cuando éste entraba al corral con el freno en la mano, la poética bestia alzaba la cerviz, levantaba la cola, y á largo trote describia tres ó cuatro círculos al rededor: despues de esa elegante fuga simulada, venia por sus pasos i tomaba el bocado en los dientes. La yegua de don Antonio es yegua de equitacion: ¡ bruto femenino así tan donairoso! Puede escribir el buen hombre un tratado de lógica sobre su yegua, no nos hará creer jamás que ese avechucho sea del mismo sexo que la alfana de Isabel la Católica ni el Bucéfalo de Alejandro Magno.

" En todo tiempo los gobiernos se han fundado y consolidado por medio de la cicuta y el puñal," dijo una buena pécora de feliz memoria en las repúblicas hispano-americanas. El mariscal de Ayacucho es prueba irrefragable de la verdad de ese principio. A Ignacio Veintemilla, galopin de ese filosófico bribon, no le oí sino dos máximas en el tiempo que tuve la desgracia de tratarle; y pienso que no sabe otras, ni por leidas, ni por oidas. "No salgas con la vejiga llena ni con la barriga vacía," suele decir cada vez que le importaba irse á la calle; y en presencia del Padre Santo habia de llevar á efecto ese apotegma de Anacársis. "En todo tiempo los gobiernos se han fundado y consolidado por medio de la cicuta y el puñal," se dejó decir una ocasion en mi presencia. Habíansele grabado en la memoria estas siniestras palabras de uno de sus amos antiguos; pero será imposible oir de sus labios un término que envuelva un buen propósito ni una virtud. En lo tocante al puñal, más afortunado, cumplió su deseo: Vicente Piedrahita está enseñando con el índice desde la eternidad al filósofo que tanto sabe de gobierno y de política. Despues de las Catilinarias de ahora un año, han salido, dicen, papeles donde le llaman *hombre de bien*, *gobernante ilustrado*, *ciudadano probo y de altos méritos*.

Mucho faz el dinero et mucho es de amar;
Al torpe face bueno et home de prestar.

El dinero puede mucho en la pluma y la lengua de los que lo

apetecen á todo trance; contra la verdad, nada puede. Un jesuita español, puesta la mira en uno de los obispados vacantes del Ecuador, dijo que los cargos hechos al general Veintemilla por don Juan Montalvo no hacian sino crecer el lustre y los merecimientos de ese grande hombre. Don Juan Montalvo le acusa de estafa, robos muchos y muy grandes, embriaguez consuetudinaria, ineptitud lastimosa, ignorancia irremediable; le acusa de falta de patriotismo, de supercheria y traicion; le echa al rostro crímenes y vicios, pecados y defectos los más negros y ruines: el jesuita no afirma que las acusaciones son infundadas, ni sostiene que su héroe es inocente; lo que da á entender es que con todo eso, y cabalmente por eso, el consabido malhechor es más digno de admiracion y aplauso. Casi no hay cargo en mis escritos que no tenga por comprobante un documento público: la barata del ferrocarril, donde el pícaro se aprovechaba de cerca de un millon de pesos, consta en varios contratos. La usurpacion de diez mil leguas de tierras en el Oriente, dimana de una ley pedida por él y expedida por sus eunucos. El monopolio infame de las quinas consta en autos y litigios que le han promovido extranjeros á quienes ha echado de los bosques. Robos menores, como el producto de la contribucion de guerra impuesta sobre culpables é inocentes, y repartida entre él y el viejo *corredor de oreja y áun de todo el cuerpo*, se ejecutó á vista y paciencia de toda la República. El depósito oculto de treinta mil soles del erario en el Banco de Quito, y su repentina desaparicion, fué denunciado por la imprenta por escritores sin miedo que citaron al Director del dicho Banco. Ignacio Veintemilla nunca ha tenido vergüenza de participar de la caridad pública de que siempre ha vivido su desventurada familia; limosna, uno de sus renglones: ocurre una campaña, y pone en la caja de la comisaría de guerra más de veinte mil pesos *de su propio peculio.* Exige además nueve mil pesos de intereses, y los toma. Con órden falsificada del ministro de hacienda, exige por segunda vez sueldos de dos años, y rasga de los libros la hoja salteadora. Y ése, ese hombre sin nociones de moral ni asomos de probidad; ése, que ni tiene por conveniente ocultar sus fechorías; ése, para quien el abuso y el hurto son

condecoraciones; ése es el hombre sin mácula, precisamente porque su abominable figura es una coleccion de manchas? En su concepto, él no roba; toma lo suyo donde lo encuentra, nada más. "Ladron, ladron," dijo una vez en casa de una señora que le estaba oyendo llena de maravilla; "ladron, ladron....mio mismo es todo." Este pertenece á los *Hijos de Écija*, y no á los *Beatos de Cabrilla*. *Los Beatos* no tenian derecho sino á la mitad de los haberes ajenos, y no tomaban sino, legalmente, la mitad de la bolsa de los caminantes. Cuando por zafar de ellos alguno queria dejar todo: De ninguna manera, respondian; con lo que es nuestro nos haga Dios merced. Y no iban fuera de camino los señores, pues fundaban su modo de vivir en el versículo y el precepto de la Escritura que dice: Si tienes dos capas, da la una al pobre. Los *Hijos de Ecija* no eran tan cristianos; ellos quitaban hasta el último cuadrante, y llamaban ladrones á los que desbalijaban. Como Ignacio Veintemilla, eran dueños de todo lo ajeno. Mio mismo es todo, dice. Suyo mismo es el erario nacional; suyas mismo son las aduanas; suyas mismo son las salinas; suyo mismo es el papel sellado; suyo mismo es el siete por mil; suyas mismo son las alcabalas; suyo mismo es el reloj de ese que allí viene; suyas mismo son las cucharas de plata de las antiguas casas ricas; suyos mismo son los buenos caballos de todos. ¿Dónde se halla el texto del Evangelio que le da esta propiedad universal á este gracioso Monipodio? Suyo mismo es; no roba nada. Los *Beatos de Cabrilla* no tenian derecho sino á la mitad de los bienes ajenos: Ignacio de la Pandilla es dueño de todo: "Mio mismo es." En este concepto, reconvenido por *sus sobrinos* de haber huido de Madrid, le llamó ladron al italiano Juan Borella, á quien habia robado dos mil duros. "No veian ustedes cómo me robaba ese pícaro? comida, á la cuenta; vinos, á la cuenta; coñac, á la cuenta; cigarros, á la cuenta. Hasta lo que le pedia yo en plata lo apuntaba, para venirme con esa listota de más de dos mil pesos. Ese es un ladron; hicieron ustedes mal de oirle." Suya mismo era la repostería, suyas mismo las bodegas, suyos mismo cajones y baúles del propietario del *Hotel de las Cuatro Naciones*. ¿Qué mucho que sea *suyo*

mismo el tesoro de la República del Ecuador? Tan lo cree así, que deponiendo airadamente á un director de estudios, por haber éste consentido en que una niña le llamase en un discurso cara de caballo, dijo: Ya el infame no comerá *de mi bolsillo.* Las arcas públicas son su bolsillo: éste sabe mas que los *Beatos* de arriba, y áun que los *Hijos de Écija.* Eran éstas dos instituciones de España, semejantes á la cofradía de Monipodio, con sus respectivos cónsules, veedores, proveedores, cajeros y claveros.... El que quiera saber el fin, busque la materia donde más largamente se contiene, que yo paso adelante.

El jesuita y demas extranjeros que, sin conocer el Ecuador ni á sus malhechores, han rodado suavemente sobre el unto de Méjico, serán osados á decir que esos cargos carecen de fundamento? cómo pueden ellos estar al corriente de lo que no han tenido noticia? Acusacion probada envuelve sentencia condenatoria; si ahí están las pruebas ¿quién dice que no están? Los principios de moral son absolutos, y no relativos: probidad, rectitud, pundonor, grandes cosas que obligan á los hombres en todas partes del mundo. Vergüenza es, y lástima, que, personas de bien quizá en su patria, se despeñen así tan ciegamente en la iniquidad, á sabiendas de su falta de razon. Si por amigos de la justicia ¿por qué no destruyen los cargos? si por instinto del bien, ¿por qué no ponen de manifiesto las virtudes de su cliente? Decir no es hacer: extranjero que no conoce el país de que habla, ni á los individuos á quienes defiende, mucho peligro corre de que escritores y lectores no lo pongan en el número de los dioses, ni.... de los hombres de bien. Tan poca cosa es la suerte de un pueblo, que el pícaro que le está arruinando á la faz del mundo, halle así á tan poca costa, abogados y campeones que, sin ganar nada para él, pierden todo para ellos, fuera del ruin estipendio del servicio vano? Si cuanto yo he dicho de Ignacio Veintemilla puede ir con la señal de la cruz ¿cómo sucede que sacerdotes y cristianos que esperan la recompensa de la virtud y el castigo del crímen, toman por suya la causa del criminal, y se echan sobre el alma ese derrumbe de ignominia y delincuencia?

En la avenida de gente que salió de Paris huyendo del hambre y los peligros del sitio, tomaron hácia los Pirineos cuatro señores juntos con aire de sur-americanos, y llegaron todos á una casa de huéspedes,

> En la villa de Madrid
> Y en su calle de Hortaleza.

Miento; fué en la calle del Arenal, en el albergue llamado *Hotel de las Cuatro Naciones.* Al dia siguiente, un periódico de la villa coronada, entre el retrato de Holloway y la máquina de coser de White, intercalaba este aviso: "Ayer llegó á esta ciudad el ilustre general Ignacio de Veintemilla. Está en el Hotel de las Cuatro Naciones." Cuatro duros le costó el aviso al viajero, sin mas gloria que ver su triste nombre envuelto en drogas para la sarna y materiales podridos de zapatería. El ilustre general Ignacio de Veintemilla, el esclarecido mariscal Perico de los Palotes, el insigne capitan Juan de las Viñas, todo se sale allá. Ignacio *de* Veintemilla no será más ni alcanzará más que Diego de la Perilla. El primer gasto que hacia en ciudad adonde llegaba ese pobrete, era el aviso en el diario: Ha llegado el ilustre general Ignacio de Veintemilla. Las píldoras del dicho Holloway ni la zarzaparilla de Bristol son mas tenaces que ese potingue en los periódicos. Cosa es de tomo, ciertamente, la llegada de ese armatoste á Paris, á Madrid, á capital europea chica ó grande. Tambien llegan los sordomudos, los orates que van en busca de remedio para sus males; y llegan tambien los caballos de Normandía, cuando los empresarios de ómnibus los mandan traer por su valor. En el Jardin de Plantas de Paris he visto un paco ó *chazo llegado* de Riobamba, y un borrego enorme que habia *llegado* tambien como curiosidad de su especie. El ilustre general Ignacio de Veintemilla, cuando le remiten á alguna parte, llega

con esto de particular, que el borrego ni el paco, ni los caballos de los ómnibus se hacen anunciar ellos mismos en los diarios, miéntras que la gran bestia de los Andes no está contento si reyes y emperadores, y Parlamentos y Academias no saben que ha llegado.

Cuando Garibaldi fué á Lóndres viviendo José Mazzini, el gobierno de lord Derby le notificó su inmediata salida, á pesar de que Inglaterra es el asilo del mundo. Era tal la popularidad del conquistador de Nápoles, tanta la prisa de los ingleses á ver y victorear al viejo italiano, que los ministros de la reina tuvieron á bien estorbar esas demostraciones gigantescas en las cuales iban envueltos grandes pensamientos de política. Garibaldi, hombre de mérito, héroe de grandes hechos, no necesita sacar de su bolsillo cuatro pesos para hacer saber al mundo que ha llegado á Lóndres, á Paris: acaba de entrar á Milan, como no hubiera entrado Víctor Manuel, como no entraron Napoleon III y Mac-Mahon despues de las batallas de Magenta y Solferino. Los españoles, y principalmente las españolas, recibieron á nuestro Ignacio Garibaldi en su gran villa, cual no recibieron á los Reyes Católicos despues de la union de los dos reinos. Andando calle de Alcalá don Ignacio el católico apostólico romano, con esa cara de hereje (*Necessitas caret lege*; la necesidad tiene cara de hereje); esa nariz donde Moises ha herido con su vara; esa boca abierta; esos piés que parecen cuadrados de la hipotenusa; lento, gordo, flemático; una preciosa ojinegra, mirándole por ahí en un balcon exclamó: "Bendito sea. . . . Y qué animal será éste!" No sabia la bellaca que era el ilustre general Ignacio de Veintemilla, mas apuesto que Amadeo, mas benemérito que Cialdini, mas valiente que Juan Prim.

El jesuita mencionado poco há lleva muy á mal, no que Ignacio Veintemilla hubiese hecho robos tantos y tan grandes, tantos y tan pequeños, sino que yo le hubiera llamado ladron. Pudo el escritor, dice, insinuar la propia idea con algunos circunloquios y perífrasis, de suerte que los lectores viniesen en conoci-

miento de que allí habia algo de ilícito; pero de ninguna manera tratarle como á un pícaro á quien llevan á la cárcel. Pues ahí tiene el reverendo padre que su bella compatriota no se anduvo tampoco por la cumbre del Parnaso en busca de términos poéticos y disimulados para llamarle *animal* al señor de las hebillas (de don Diego); sino que se lo dijo en las barbas, y le quedó mirando, sin dejar de admirar eso que en la calle se estaba moviendo como gente.

Sainte-Beuve, el crítico célebre que duerme con sus padres diez ó doce años há, recuerda en su ameno libro de las Conferencias literarias de Lieja, que un tal Dumas, no el viejo novelista ni el jóven dramaturgo, sino así un Dumas cualquiera, Dumas de poco más ó ménos, como verbi-gracia un Adolfo Dumas, le pidió una ocasion le llevase á casa de Lamartine y le presentase al semi-dios caido. Vino en ello Sainte-Beuve: Famoso animal el que usted me trajo ayer! le dijo el poeta al crítico otro dia de la visita. ¿Con que lo que no es malo para dicho por el más culto y remirado de los poetas, y por el más prolijo y severo de los críticos, lo ha de ser para un simple mortal como yo? ¡Y en qué libro hallamos esas cosas, si pensais! En uno donde están campeando Chateaubriand y Lamennais, Víctor Hugo y Lamartine, las señoras de Staël y de Beaumont! Si pues Lamartine y Sainte-Beuve le llaman sin empacho animal á un tonto, ¿por qué me he de privar yo de esta satisfaccion? ¿Hay cosa más grata, expansiva, suculenta que llamarle animal á un cara de caballo á quien de bonísima gana dobláramos á palos? La española de la calle de Alcalá habia leido las Conferencias de Lieja, cuando así con tanto donaire y gracia le preguntó al viento: ¿Y quién será este animal? Para que vea el jesuita que así como á un ave zonza se le puede llamar animal, asimismo á un belitre largo de uñas se le debe llamar ladron, sin andarse por las nebulosas para dar á entender con dificultad lo que uno puede poner á la vista holgadamente. El Consejo militar que juzgó al mariscal Bazaine lo condenó á pena de la vida, *pour avoir forfait à l'honneur:* no quiso decir por traidor, y dijo *por haber faltado á la honra.* Pero esto entre fran-

ceses ofende más, agravia más, y cubre de ignominia más que este simple vocablo: " Traidor ". Marco Tulio Ciceron, dando cuenta al senado del fin de Lentulo, Cetego y más perillanes de Catilina, no dijo "han muerto, " sino " han vivido"; pero en sus oraciones no se andaba con rodeos para acusarle á éste de incestuoso y parricida. El jesuita que censura el que á un ladron se le designe con su nombre, es, sin duda, admirador de ese bardo compatriota suyo que llama á las estrellas *gallinas celestiales*; y por no decir sol, palabra comun, nos da á conocer al luminar del dia con el épico nominativo de *gallo de fuego.* Pues mi mudo Ignacio Veintemilla no es gallo ni gallina: cuando roba es ladron; cuando usa del puñal, asesino sin perífrasis; y en todo caso es *pollo,* á causa de sus tiernos años. ¡ Rara instruccion la de clérigo de misa y olla que no sabe los grandes asuntos eclesiásticos de la edad contemporánea! El ilustrísimo Dupanloup, obispo de Orleans, hallándose en la necesidad de proferir el nombre de Renan, lo profirió, y dijo: *Puis qu'il faut l'appeler par son nom;* puesto que es necesario designarle por su nombre. Y no se crea que ese venerable sacerdote no tuviera á quién imitar en esto, pues ahí está el viejo Lafontaine que llama por su nombre á la serpiente, y deja para las generaciones venideras estas clásicas palabras: *puis qu' il faut l'appeler par son nom.*

Alojado estaba, pues, el señor de las hebillas en el Hotel de las Cuatro Naciones, comiendo tarde y mañana perdiz y lamprea, bebiendo á boca de jarro vinos de Francia, y contoneándose cual convenia á testa coronada como la suya. Cigarros? pregunta un dia, llegándose al mostrador. Habanos, señor general, de los comunes. ¿ Comunes, insolente? ¿comunes á mí? ¿ á qué llamais comunes, y qué es comunes en mi presencia? *Vuelta-Abajo,* ú os paso de parte á parte con esta lanza. *Vuelta-Abajo* todo el dia, puros de los de á medio fuerte la pieza: coñac superior, Chateau-Laffite, Champagne de primera clase, todo para que se cargue á su cuenta. Hasta billetes para el circo de toros y entradas para el teatro mandaba traer á la del dueño de casa. Coche con lacayo de librea, á la cuenta: viene el sastre; que se le pague

en la secretaría: el zapatero; á la secretaría: relojero; el secretario. "Rothschild," estaba repitiendo á menudo; "letras para Lóndres." Este es un duque, decia el dueño de casa; un lord de Inglaterra, contestaban los criados. Es un príncipe ruso. Quién sabe si el heredero del trono de la Gran Bretaña, viajando de incógnito, se halla entre nosotros? Es el mariscal Saldahana de Portugal, afirma uno. De ninguna manera: Saldahana es anciano, y este *jóven* no deja sospechar más de cincuenta y seis años. Debe de ser Kibrisly Mehemed Bajá, gran visir de Turquía. No, yo pienso que es el *czar*: anda, sin duda, estudiando instituciones y costumbres de los pueblos, como Pedro el Grande. Duerme demasiado para estudiar nada, respondió el mayordomo del hostal; y bebe mucho para hombre de buena razon. El mozc de cámara puso en duda toda la grandeza del desconocido, haciendo saber cómo roncaba, y cómo dormia en cueros, y cómo hacia aguas en presencia de gente. Yo, señores, dijo, nunca podré creer en la principalidad de uno que no tiene vergüenza de servirse de mano ajena para ajustarse el braguero. ¿Es quebrado? Quebrado, señor; quebrado. Hum....dijo el maestresala; el príncipe debe de ser un palanquin ó ganapan que ha hecho mucha fuerza ántes de ser *general*. Ya lo veremos, respondió el amo: en el pagar y en el dar se conoce á la gente de modo.

Un dia convocó el señor de las hebillas á su aposento á sus tres aláteres, ó compañeros de viaje: Tráigame cada uno de ustedes todo el oro que tenga, y póngamelo en esta mesa. No es sino para media hora, durante la cual pueden ustedes no perderlo de vista, pues no exijo que se vayan. Es para una prueba: como buenos paisanos y amigos, espero que no me dejen mal. Miráronse unos á otros los señores, se hicieron del ojo, y uno de ellos preguntó: ¿Y para qué, Ignacio? Yo sé para qué: si no me dan gusto, ténganme por muerto en adelante. Salieron los tres individuos, ó indiviudos, como dice Veintemilla, y cada cual volvió con una buena porcion de luises ó napoleones franceses, que fueron amontonados en la mesa. En esta sazon entra Juan Borella, hostalero, conversa un rato, y se despide:—Amigo Borella, aquí

tiene usted cuanto dinero necesite.—Graoias, general; no hay apuro.—Cuatro, cinco mil pesos en oro, tome usted. Gracias, gracias, general: á su tiempo.—Y salió el italiano lleno de confianza. Ahora, dijo Ignacio Pilla-pilla, recoja cada cual sus escudos, que no los necesito para nada, y lárguense. Valga la verdad; no se le pegó la cera ni en luis ni en napoleon, y devolvió el último cuadrante. Otro dia se llega al secretario del establecimiento, y le pide doscientos duros. *Per Dio!* exclama el hostalero, allí presente; y esos montones de oro que vi ayer en su mesa, general? Esa bicoca? hombre, si me la ganaron anoche al rocambor en casa del duque del Infantado. Ya le pediremos al amigo Rothschild letra abierta, y veremos si el duquecito nos obliga á ir por el resto. Apaña los doscientos duros ese dia, y al cabo de tres pide ciento cincuenta. Rothschild, dijo, me escribe que instament vendrá la letra que para Madrid le he pedido. ¿Qué es *instament*? pergunta una dama *sotto voce* al secretario. *Instament* es dentro de poco, inmediatamente. Ah, repite la dama; éste es un frances de distincion; dice *instament*.

Cuatro dias más tarde, se vuelve á llegar á la secretaría, y pide trescientos duros. El secretario, perplejo, interroga con la vista á su patron, y cuenta la suma. "He recibido", dice Kibrisly Mehemed Bajá, "un otro despacho tegreláfico: la letrita es de cinco mil libras estilinas, y puede ser que llegue hasta dimanche." Curiosa por demas debe de ser esa señora, pues no deja pasar ni el *un otro*, ni *el estilinas* ni *el dimanche*. *Un otro*, responde el secretario, es otro; *libras estilinas* son libras esterlinas; y *dimanche* es domingo. Este extranjero sabe mucho, replica la señora. Y *el despacho tegreláfico* ¿qué será? Debe de ser despacho telegráfico, responde el secretario.

Volvió á pedir el príncipe ruso, y volvieron á darle; y pidió más, y todavia le dieron: ¡tan buena espalda tienen los pícaros! Buena espalda, si no lo sabeis, es buena suerte, buena estrella. Cogió buen dinero, y lo jugó; cogió buen dinero, y lo enterró en los lupanares: comió bien, durmió á pierna suelta, bebió como un ilota, y se dejó estar allí unos cuantos dias nadando en su grandeza. Invitado por sus compatriotas para un viaje al Guadalquivir,

á la risueña Andalucía, se negó. Fuéronse los señores. A la vuelta, mal pecado, Juan Borella, furioso, se les apecha: Ese era el general? ese era el gran señor? Valiente pícaro me trajeron ustedes aquí: ustedes pagarán, puesto que son sus sobrinos. Sobrinos? responden santiguándose los viajeros; por lo que tenemos de Adan; no hay más parentesco entre ese individuo y nosotros, amigo Borella. Pues él me dijo que ustedes eran sus sobrinos. Y le dijo tambien que debíamos pagar sus gastos? El, como tio nuestro, debió haber pagado por nosotros.

El caso fué que el príncipe ruso le hizo saber un dia al hostalero que sus letras habian llegado, y pidió su cuenta. Trajéronsela con el recibo al pié, segun que es de uso y costumbre. Pagarla? que vuelvan los tunantes. El acreedor, seguro de esa cantidad, puesto que allí estaba el lord de Inglaterra, descuidó un tanto su negocio. Por dónde ni á qué hora se fué el señor de las hebillas, nadie lo sabe. *Capo di Dio*! gritaba el italiano Borella, arrancándose las barbas á dos manos: si le llego á coger al caballero, en fuerte planeta fué nacido. Y tomó el tren de Bayona. Pero no ántes que don Mariano Prado, marqués de Acapulco, hubiese comparecido en el hostal á preguntar por *el señor general Veintemilla*. El italiano, fuera de sí, vuela al aposento del huésped misterioso, toma los arrapiezos que éste habia dejado, y sacudiendo una camisa arambelosa y un pantalon mugriento á la vista del marqués: Este es su general, señor marqués! aquí está su señor general, señor marqués! Sabedor de lo acontecido el grande de España, se fué lleno de rubor de haber hecho más de una visita á baladron semejante. Y no se crea que por el nombre de Veintemilla, sino porque habiendo el jóven Prado residido en Quito algunos años, como secretario de la legacion española con el señor Bróguer de Paz, creyó de su deber dar una prueba de cortesía á esa gente ecuatoriana. Entre tanto Kibrisly Mehemed Bajá, lejos de irse á Paris como pensara el hostalero, se metió por ahí en una aldea de los Pirineos, llamada San Juan de Luz, y se dejó estar calladito hasta cuando el chubasco amainase. Si me acusaran de

haberme robado las torres de Nuestra Señora, decia un jurisconsulto parisiense, me esconderia inmediatamente. El señor de las hebillas, ó Ignacio de Villadiego, no habia robado torre chica ni grande, y no obstante juzgó de su deber meterse en un rincon á modo de conejo. Quién le huele? quién le levanta? Síganle los pinchados, y ahí se las den todas. Querellóse Borrella de estafa ante el juez de un circuíto de Paris, el juez dictó auto de comparendo, el príncipe ruso no compareció, y se acabó el cuento.

El marqués de Acapulco, grande de España, es persona abonada, y está vivo en Madrid: diga si la escena del Hotel de las Cuatro Naciones adolece de un punto de falsedad. Los señores Rafael Barba Gijon, aristócrata, rico de Quito; Manuel Semblantes, escritor; Julio Castro, ex-ministro de estado, fueron los *sobrinos* del gran visir, y ellos son los testigos de esa negra aventura que cubre de infamia, no tanto al bribon que la lleva á felice cima, cuanto al pueblo vil que le sufre y le tiene de *presidente de la República*. Castro, ministro de Veintemilla y aborrecedor mio, podrá quizá desmentirme, negando la verdad: cien veces ha dicho, en libelos sin firma, que yo soy el ladron, y no su camarada; pero él mismo no pudo refrenar su indignacion cuando, á su regreso de Sevilla, sabedor de la fuga de su Pílades, exclamó: "Qué Ignacio, haber hecho esto! más bien por qué no nos pidió á nosotros?" El presidente actual del Ecuador no puede salir de esta angostura, si no publica las contradicciones de los señores Barba y Semblantes. En todo caso, ahí está la boleta que expidió el juez de paz; ahí está Borella, ahí el marqués de Acapulco. "Parece que ya ha mandado pagar eso" (parece y nada más), me dijo á bordo de un buque un *mudista* viajero. Si ha mandado pagar, es claro que no consumó la estafa, ni se fugó de Madrid, ni fué demandado en Paris: limpio está de culpa y pena, y tambien de ignominia y vergüenza.

Dos famosos ladrones robaron en Guayaquil á una casa de comercio una gran suma: el pobre hombre del dueño estuvo para volverse loco. A cabo de meses, una carta y una letra de Lima

en su favor : era la suma robada con sus réditos cabales. Esos hombres de bien las afufaron al Perú, jugaron en Chorrillos, ganaron ciento cincuenta mil soles, y su primer atencion fué restituir á su dueño el principal, con la esquela más agradecida y cortés que han escrito hombres pulidos. Vaquero y Mauleon fueron, sin duda, hidalgos de devengar cinco mil reales. Vaquero ha muerto en la demanda, pobrecito, no sin haber visitado el palacio de Mazas y haber residido en él por algun tiempo.* Ignacio de Villadiego seria para cosas tan cumplidas como ese famoso caballero del milagro? Y digo si era simpático el muchacho! En Buenos Aires proscrito ilustre, víctima del tirano García Moreno, los periódicos le saludan y prometen gran porvenir en su patria. En Méjico es millonario, se hombrea con las testas coronadas del oro. En España, noble de primera clase, quebranta la cabeza á los testarudos chapetones, y vuelve locas de amor á más de una marquesa. Héle allí en la capital de Francia, lugar de cita de serenísimos príncipes, bergantes y polizones del mundo entero. Coche de dia con lacayos de franjas amarillas : corceles árabes de un mismo color, un par de ellos que no valen ménos de veinte mil francos : paseo por el Bosque de Boloña á las cuatro de la tarde, á trote imperial por la Carrera de la Emperatriz y el Arco de la Estrella. Comida en la fonda de Brebante ó en la de Bigní : cena en el Café Inglés : sorbetes y frutas heladas en casa de Tortoni. Palco en la ópera nueva, sillon delantero en la Opera Cómica : desafíos á la espada, si á manos vienen : gran señor en todo, y tan bien agestado, que las muchachas alegres de los antiguos baluartes de Paris, ó *boulevares*, se van tras él diciéndole al disimulo mil apasionados chicoleos. Un dia un jóven quiteño entró cariacontecido en el albergue americano, y llegándose al lecho en donde estaba estirado un hombre muerto, levantó la esquina de la sábana que le cubria el rostro. Bello era el cadáver : su color de mármol fino recibia admirablemente esas dos largas madejas oscuras de barba á la inglesa que se descolgaban hácia los hombros. Cerrados los ojos, pálida la boca, los brazos se le extendian con

* Mazas, prision célebre de Paris.

las manos abiertas á lo largo de los muslos. Era Vaquero, el gran señor, á cuya vida de embolismos y ficciones acababa Dios de señalar la última hora. Fernan Caballero dice que las demas naciones europeas pueden blasonar de Napoleones, Wellingtons y Garibaldis; pero que sólo en España ha podido florecer un José María. No de otro modo Bogotá, Santiago, Lima estarán envidiosas de Quito que ha tenido la gloria de dar un Pacho Vaquero, quien mil veces estuvo en poco que no se coronase emperador en cien partes del mundo. El cementerio de Montmartre abriga en sus entrañas los restos de este esclarecido ecuatoriano, á quien no le dará al tobillo Ignacio Veintemilla, áun cuando viva cien años como la corneja.

El citado Fernan es ciego partidario de José María, el Roque Guinart de la España moderna. Valiente, generoso, cortesísimo, sin lo de ladron habiera sido un Duguesclin. Duguesclin, nó, pues para serlo necesitaba ser feo, muy feo; y José María era el pícaro más bien apersonado que nunca han visto la Olivera de Valencia, los Percheles de Málaga ni la plaza de San Lúcar. ¡Qué digo plaza de San Lúcar, ni Percheles de Málaga, ni Olivera de Valencia! Estos eran depósitos de gente bahuna ó soez canalla, y José María, todo un gran señor de cuchillo que se andaba noblemente en busca del peligro, robando con pulcritud matando con heroismo, y salvando muchas veces á sus propias víctimas á riesgo de la vida. No hay persona con tendencias á la caballería andante que sienta despego por Rochaguinarda, el héroe del Ampurdan: *los bandidos* de Schiller han vuelto envidiable para los jóvenes fantásticos de Alemania la carrera más dura y azarosa; y los bandoleros de Calabria están rodeados de una auréola de poesia. De ser ladron, como Roque Guinart y José María, sable en mano contra el mundo entero, y dejarle para el camino honradamente lo necesario al viandante. Con las mujeres, un don Quijote de la Mancha, ese que por no dañar las redes con que estaban jugando las jóvenes pastoras, queria buscar otros mundos, y rendia la espada á los piés de la hermosura.

Mentir, fingir, engañar y fugar con lo ajeno, como Ignacio de Villadiego, es no tener puntas ni collares de hidalgo ni poeta: plebe de los criminales, el ladron canalla es la deshonra del robo, y así como debajo del manto del Acibíades el libertinaje viene á cobrar semblante de rey, así un ladron de elevados sentimientos en el ánimo viene á usurparle al héroe sus más hermosos resplandores. Ignacio de Villadiego no es bueno para José María, porque es gordo, hidrópico, pesado: no puede dar saltos de cabrito por las peñas, ni desflecharse como una sombra en su caballo á la vista de la santa hermandad ó la guardia civil que le persigue. No acierta á reirse de una cuadrilla de enemigos, hiriendo en ellos y espantándolos, porque no tiene el brazo del gigante Orrilo, sino uno cerdoso y torpe, bueno para la azada. No cautiva corazones, y se lleva las más lindas prisioneras á su palacio en las rocas, segun que lo verificaba Conrado, el pirata de Byron, porque no es el mancebo en cuya fisonomía están campeando el crímen y el amor en perfiles de fuego altamente seductores: él es feo, muy feo: esos ojos de besugo en esa cara de esfinje es rasgo de deformidad muy desagradable. Los pómulos semejan lomas hinchadas; las mejillas, flojas, caidas, son árguenas de fraile mendicante. La boca amarilla, nauseabunda, no está debajo de un prudente disimulo sino merced á las dos greñas de bruja que él llama bigotes. Y no era feo el príncipe; yo mismo le conocí hombre pasadero, fuera de las orejas y los piés, que siempre han sido el duplo de ellos mismos: el aguardiente le ha desfigurado, la carne le ha perdido. Ahora es demonio incapaz de seduccion, ó padre maestro provincial todo cogote y todo grasa. Hermoso bandido que infunde admiracion y amor, no será jamas: estafador ruin que miente, engaña y desaparece el dia ménos pensado, esto ha sido, y esto será si la horca le da tiempo.

Pícaro de esta calaña halla defensores entre los que no le conocen ni saben lo que dicen. Con que es más este Caderousse que un pueblo de un millon de almas arruinado é infamado por él?

Mucho faz el dinero et mucho es de amar;
Al torpe face bueno et home de prestar.

LO QUE ES LA VIDA, SEGUN SENECA.

Vivir, Lucilio mio, es combatir, ha dicho este filósofo. La vida es la guerra: cada dia una batalla, cada accion ordinaria una acometida. Los hombres no somos hermanos, somos enemigos; y si somos hermanos, lo somos á lo Cain y Abel. Hermanos, para quitarle su vaca al pobre, y envenenarle el perro al vecino. Hermanos, para seducirnos mutuamente las mujeres y engañarnos las hijas. Hermanos, para hacer alarde de las desgracias ajenas, y fisga de las necesidades. Hermanos, para confiarnos secretos con más holgura, y echarlos en la calle á la primera oportunidad. Hermanos, para levantarnos quimeras y darnos de torniscones. Hermanos, para morirnos de ira, envidia, venganza, y andarnos bebiendo la sangre, cuando á gritos escandalosos, cuando en silencio y á la sorda. El que no es víctima es verdugo, ya lo dijo un gran poeta. La quijada del asno es nuestro tirso, nuestro caduceo: somos emisarios de paz, y sembramos la discordia; hablamos de fraternidad, amor, y nos echamos las manos á las barbas, y nos agarramos con los dientes. A cuál de nosotros no podria preguntarnos el Señor: Cain, qué has hecho de tu hermano? Señor, responderia uno, le maté con haberle quitado su esposa. Señor, diria otro, le maté con haberle vendido un secreto. Señor, diria este, le maté robándole un caballito con que ganaba la vida. Señor, diria ese, le maté imputándole una accion que no habia efectuado, un propósito que no habia tenido. Andad, malditos, repondria entónces el Señor, yo os puse en el mundo para vuestra dicha, y vivís empeñados en cultivar y extender vuestra infelicidad.

No tan insigne guerrero como los grandes capitanes que ganan batallas, pero yo tambien peleo y he peleado. He peleado por la santa causa de los pueblos, como el soldado de Lamennais; he peleado por la libertad y la civilizacion; he peleado por los va-

rones ilustres; he peleado por los difuntos indefensos; he peleado por las virtudes; he peleado por los inermes, las mujeres, los amigos; he peleado por todos y por todo. El que no tiene algo de don Quijote, lo vuelvo á decir, no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes.

He desollado verdugos, he desollado pícaros, he desollado ladrones, he desollado traidores, he desollado agiotistas, he desollado indignos, he desollado viles, he desollado tontos mal intencionados, he desollado ingratos, y, gracias á Dios, á justo título soy *un monstruo.* A mí tambien me han desollado, con mano torpe, inhábil: pero yo no dejo mi piel; me la echo al hombro, y, como San Bartolomé, salgo muy fresco, por que un rocío celestial me baña en lo vivo, y destruye los ardores de esa inmensa llaga. *

PÁGINA PARA UN PROCESO, Á MODO DE NOTA.

Entre tantos libelos insensatos como Ignacio Veintemilla ha hecho publicar contra mí ántes y despues de las Catilinarias, ninguno de sus abogados, me han dicho, niega en particular los artículos de acusacion que gravitan sobre ese hombre sin ventura. La defensa de un culpable no consiste en cubrir de improperios al fiscal de la Nacion, sino en desvanecer los cargos y poner á la vista la inocencia. Para negar los robos escandalosos de ese malhechor, no habia lugar, pues ahí están los instrumentos públicos donde ellos se contienen: lo que convenia era llamarle "sugeto de probidad", "gobernante ilustrado", "ciudadano benemérito", á pesar de crímenes y vicios, ó cabalmente á causa de ellos. El dinero es un papagayo; habla sin inteligencia ni conciencia. Deseara yo saber si las pruebas humildes tienen fuerza de conviccion en el pecho de hombres rectos y jueces acendrados? Yo pienso que sí: la verdad puede ser descubierta por circunstancias de poca monta,

---

* Esta conclusion la he tomado de "El Antropófago," opúsculo que hice imprimir en Bogotá, y que mandé destruir sin publicar, por no haber salido á mi gusto. La traigo aquí, porque aquí encaja: servirá ella, además, de muestra de esa obrita, por si la dé yo á la estampa otra vez, purgada del metal que el tiempo ha convertido en escoria.

y, brando ella en el espíritu del juez, la opinion general queda formada. Ved aquí una prueba de pequeñez de un delincuente por mayor.

Paris, 5 août 1878.

Monsieur le géneral Veintemilla.

Je prends la liberté de vous adresser par l'entremise obligeante de Monsieur Manuel Cornejo la facture de chaussures que j' ai eu l' honneur de vous fournir dans le courant de 1872, s' élevant à fr. 70.

Je viens vous prier, Monsieur le géneral, de bien vouloir m'en faire parvenir le montant; c'est une somme trés mince pour vous, et pour moi cela me rendra grand service. Je compte sur votre obligeance pour me solder ce compte le plutot possible, et vous prie d' agréer, Monsieur le géneral, les salutations respectueuses de votre serviteur.

Pour mon père,

P. SÉGOIRE.

41 rue Vivienne.

Si álguien preguntare de qué modo este documento ha venido á mi poder, yo responderé que la cosa está á la vista: el señor Manuel Cornejo, conductor de ella, la recibió del zapatero Ségoire, y abierta la puso en mis manos, para los fines que á los ecuatorianos conviniesen. Puede el señor cónsul del Ecuador en Panamá verlo original en la imprenta del *Star and Herald*, y escribir á su colega de Paris excitándole á preguntar á ese artesano frances si realmente él ha escrito esa carta. Ella sirve, no sólo de prueba general del vil carácter y los infames antecedentes del ahora sacra real majestad del Ecuador, sino tambien de prueba incontrastable de un delito especial. El zapatero reclama, segun la factura, 70 francos, perdonándole los intereses de seis años. O no los tuvo Veintemilla cuando huyó de Paris, y entónces ¿de dónde puso veintiun mil pesos *de su peculio* en la caja de la comisaría de guerra á su llegada á Guayaquil? ó los tuvo, y no quiso pagar esa miseria á un triste artesano que habia tenido confianza en él. En uno y otro caso queda por hombre sin probidad ni pundonor. Que hubiera mandado á Borella la suma que le

estafó en Madrid, es muy dudoso: si no paga al sastre, al zapatero, ¿ pagará al hostalero ? Puede ser: como no lo sé, no lo niego. La progresion de las pasiones es horrible. No hay una de ellas que no venga á parar en *satiriásis*, cuando la ahijamos de manera de sacar á la naturaleza de sus goznes. La codicia de Ignacio Veintemilla es ya satiriásis: tiene más de un millon de pesos, y defrauda al zapatero, hombre de poco, que da de comer á mujer é hijos con el sudor diario de su frente. Ségoire, de Paris, no es el único; pero seria muy ocasionado citar personas que á puro azote firmarian una desmentida. Y ése se llama presidente de una república, y se está allí bajo el solio, arrellanado en sillon de terciopelo, con su cara de dios Falo y sus uñas de cernícalo! El no tiene la culpa: los ruines que le apoyan, el pueblo que le sufre, ellos merecen

Que se les corten las faldas,

segun costumbre antigua de España con las *corredoras de oreja y áun de todo el cuerpo.*

Pruebas, jurisconsultos á lo grande, como Scévola; oradores insignes, como Ciceron, las van á buscar, no digo en zapaterías, pero en lugares más humildes, si necesario ó conveniente. La verdad es como el oro: puede hallarse, y se halla, entre montones de escoria.